

El Estado fue **ÉI**

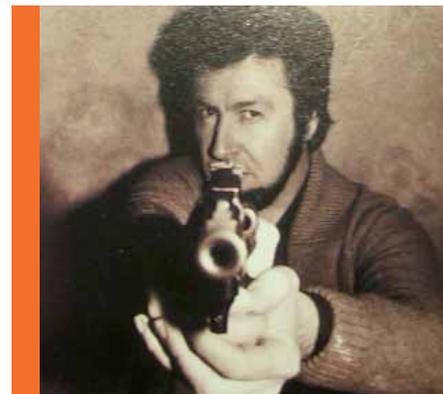
Texto: **JAIME GONZALO**

"Morir joven no es natural. Pero morir por haber desafiado a aquellos que tienen el monopolio legal de la violencia es un destino excepcional. El personaje del fuera de la ley fascina precisamente porque nos recuerda esta verdad reprimida: sin ética guerrera no hay libertad". Marsellés de pro y contumaz activista de la crítica social, Alèssi Dell'Umbria, autor así mismo de «Histoire Universelle de Marseille», «La Rage et la Révolte» y «C'est de la Racaille? Eh Bien, J'en Suis!» —este último el único de sus libros traducido al español, «¿Chusma?»—, junto al que aquí atendemos —, acaba de ver publicado en edición bilingüe francés-castellano su último volumen, «R.I.P. Jacques Mesrine» (Pepitas de Calabaza). De él han sido extraídas las palabras que encabezan este párrafo. Dell'Umbria, del que no abundan datos, es una de esas voces disidentes que a contrapelo del consenso general se obstina en denunciar el proceso de desintegración social ultracapitalista y el estado-nación o estado-Leviathan que ha conseguido reducirnos a meros espectadores de sus canalladas y atropellos. Busquen en youtube el video «Marseille 2013. L'opinion d'Alèssi Dell'Umbria et de Jagdish», y oirán a un hombre lúcido despanzurrar la gran mentira en cuyo nombre se ha dictaminado que Marsella ejerza de capital cultural el próximo año. Unas reflexiones, las suyas, que lo mismo servirían para Barcelona, eterna aspirante a la capitalidad de la rapaña, o cualquier otra ciudad europea ahora mismo.

No es tan raro que Dell'Umbria, cuyas palabras son armas que disparan, se haya rendido a la fascinación dimanante de un personaje como Jacques Mesrine, gángster declarado enemigo público número uno en territorio francés durante la década de los 70 del pasado siglo. Efectivamente su destino fue excepcional, del mismo modo que tampoco resultó un malhechor corriente. Atracador de bancos y secuestrador, Mesrine (1936-1979) destacó en muchos aspectos: salía de asal-

tar una sucursal y si veía otra en la acera de enfrente no dudaba en repetir la acción; al contrario que otros hampones nunca practicó el proxenetismo, y su machismo no impidió que alguna de sus compañeras fuera también cómplice de armas; se convirtió en figura mediática, abierta o secretamente admirado por la plebe, y aplicó severos correctivos a aquellos periodistas que se atrevían a difamarle sin base; su habilidad para disfranzarse y capacidades evasivas, cuatro veces se fugó de prisión, pondrían en jaque a todo el aparato de seguridad nacional; denunció en repetidas ocasiones los inhumanos sistemas penitenciarios de su país y Canadá, escenario también de sus correrías, y protagonizó espectaculares acciones como el fallido asalto a una prisión de la que se había evadido para liberar a sus compañeros; se equiparó a las Brigadas Rojas y el Baader-Meinhof y desafió al estado sin seguirle el juego dialéctico: "Algunos quieren convertirme en un héroe, y en la criminalidad no hay héroes. No hay más que hombres que se han marginado y que no aceptan las leyes porque están hechas para los ricos y para los poderosos", como escribió en su notable autobiografía, también disponible en nuestro país, «Instinto de Muerte» (Pepitas de Calabaza).

Mesrine, que no fue ningún santo, redimensionaba el mito del buen y noble bandido, si bien el producto de su pillaje no acababa repartido entre los necesitados sino dilapidado con pasmosa celeridad en prosáicos placeres y buena vida a todo tren. Tanta popularidad, y lo incómodo que un resistente como aquel resultaba para el sistema, acabaron por transformar el enemigo público en animal público, como el de aquella canción de Alice Cooper: "Me siento como un condenado a cadena perpetua/en la penitenciaría del estado/querían un Einstein/y les salió un Frankenstein/si, estoy orgulloso de ser el animal público número nueve". «R.I.P. Jacques Mesrine» desmonta sin embargo la teoría de que la guerra de Argel, un cruento conflicto colonial que arruinó la vida a miles de jóvenes franceses, convirtiera a Mesrine en un Frankenstein, máquina de torturar y matar. A



su regreso de África, sencillamente, no quiso aceptar la estrecha vida que le tenían preparada. Haciendo válida aquella máxima suya que decía que no es el arma sino quien lo empuña, a diferencia del ciudadano obediente y sumiso, nuestro hombre, todo y su ambigüedad, forjó su propia ley excluyéndose de la vigente en un viaje sin retorno, cuyas alforjas solo podían transportar el desprecio al miedo a la muerte, ese "señor absoluto" que dijo Hegel. La mistificación resultante del mito Mesrine a manos del propagandismo oficial es en resumidas cuentas demolida en «R.I.P. Jacques Mesrine», que tampoco pasa por alto la biopic de cuatro horas dividida en dos partes que Jean-François Richet dirigiera en 2008 con producción de Thomas Langmann, capitoste mayor de la cinematografía francesa, «Instinto de Muerte» y «Enemigo Público nº 1». Según Dell'Umbria la única coincidencia con la realidad en ambas películas es la escena de la ejecución final, pues Mesrine acabó asesinado por la policía en una rocambolesca operación, todo y que se incluyó "no fue por respeto a la verdad, sino porque la escena era en sí espectacular".

Cosido a tiros a la antigua usanza Bonny and Clyde, el cadáver de Mesrine recibió el impacto de dieciocho balas expansivas y un tiro de gracia en la cabeza. Posteriormente fue exhibido durante horas frente a cámaras televisivas y flashes fotográficos. Ridiculizando al poder y su autoridad, declarando que no iba a dejarse atrapar vivo, Mesrine había adquirido la nada grata dimensión de asunto político y en consecuencia sido víctima de un crimen político. Su muerte y escarnio restauraban por fin esa autoridad sobre la violencia a sus legítimos propietarios. 🌱

